

La señora del jefe

José Antonio Páez y su esposa Dominga Ortiz abandonaron el pueblo de Canaguá cuando Barinas cayó en manos de los realistas, al comenzar el año de 1814. Barinas se mantuvo bajo el control de los enemigos hasta mediados de 1816.

Dominga y José Antonio se vieron obligados a huir en dirección a Los Andes. A pie con Manuel Antonio, su hijo pequeño y muchas otras personas escaparon de la violencia que azotaba a Barinas e hicieron la larga y penosa travesía desde Los Llanos hasta las montañas andinas. Varias semanas duró el viaje hacia Mérida, en medio de las más severas penalidades, sin recursos, durmiendo a la intemperie y amenazados por el ejército realista.

La estadía en Los Andes se prolongó durante casi todo el año de 1814. Dominga y muchas otras mujeres acompañaron a las tropas de un sitio a otro, de campamento en campamento, cargando con sus hijos, sirviendo de apoyo en la retaguardia, consolando a los heridos, curando a los enfermos y alimentándose con lo que hubiese; mientras, se libraban los combates en diferentes lugares de Los Andes: en Bailadores, en el páramo de Mucuchíes, en los alrededores de Mérida. Antes de finalizar el año, Páez tomó la resolución de regresar a Los Llanos, convencido de la necesidad de recuperar el control de aquellos territorios.

En 1813, Manuel Antonio Pulido, cuando era gobernador de Barinas le había dejado saber a Bolívar la importancia decisiva de Los Llanos para el sostenimiento de la guerra: allí estaban las reses, los caballos, era una vía de entrada y salida hacia el territorio neogranadino, resultaba crucial mantenerlos bajo el control del ejército patriota.

Páez iba más allá. Luego de su propia experiencia durante los combates librados en la región, estaba persuadido de las ventajas que representaban para la causa patriota combatir en las extensas sabanas llaneras; era imperativo arrebatarle el llano al enemigo y aprovechar las múltiples posibilidades que, de manera natural, favorecían a los llaneros cuando peleaban en su terreno. No eran las escarpadas montañas de Los Andes ni sus valles pedregosos donde podían sacar provecho, sino en la sabana llanera, en sus ríos traicioneros y plagados de pirañas, en sus esteros repletos de caimanes y en sus pantanos insalubres en donde había que librar el combate. Allí, las tropas realistas no tenían ninguna posibilidad de vencerlos.

En octubre de 1814, Dominga, junto a Páez y muchos otros, desanduvieron el camino de Los Andes hacia Los Llanos de Casanare. Es la única vez en todo el largo recuento de campañas que Páez menciona a su familia en su *Autobiografía*. El párrafo es breve y dice así:

Arrostrando mil dificultades y viajando a pie la mayor parte del camino, pude hacer la travesía de los Andes y llegar a los llanos de Casanare con mi familia y algunos venezolanos que me acompañaban, habiendo tenido que recurrir a la venta de varios objetos de uso personal para proporcionarnos una escasa subsistencia.”

Páez establece su zona de operaciones en Los Llanos. Durante los siguientes años combate sin descanso en las sabanas de Casanare y Apure; muy pronto, se convierte en el jefe y conductor indiscutible de los llaneros. En esos años Dominga también tiene su hogar en el llano, al lado de su marido, viviendo en rancherías improvisadas, a la intemperie, de un lado a otro, atendiendo a sus hijos: Manuel Antonio, Rosario y Hermenegildo, los dos últimos procreados y paridos en medio de la guerra. Los soldados y los oficiales la llaman “la esposa del jefe”.

A Dominga no le era extraña la vida al descampado, había crecido en las sabanas de Barinas, tenía amplia experiencia en las faenas del campo, aprendió a cocinar en un fogón de leña y a resolver los asuntos domésticos con lo que hubiese a la mano. Era una excelente jinete; estaba acostumbrada a la comida del llano, la carne asada de varios días sin sal ni condimentos, el casabe, la carne salada y cualquier otro animal de cacería. La vida cotidiana del campamento no era el problema fundamental ni la peor complicación. Lo que constituía materia permanente de inquietud para Dominga y todas aquellas mujeres y niños, compañeros inseparables de las tropas, era la cercanía permanente de la guerra, las marchas nocturnas; la escasez de recursos desde el alimento diario hasta un pedazo de tela con qué cubrirse el cuerpo, los peligros constantes, los muertos en el camino, las enfermedades, los incendios en la sabana, la amenaza de los animales salvajes, las ejecuciones masivas de prisioneros a lanzazos o degollados sin contemplaciones.

En muchas ocasiones las marchas debían hacerse de madrugada, antes de salir el sol y no se detenían hasta la noche; en el camino recogían la leña y el agua para cocinar los alimentos, si los había. Por lo general se hacía una sola comida, en la noche. Durante la jornada era corriente toparse con cadáveres descompuestos a la orilla de los esteros. Dominga, las mujeres y los niños enfrentaban a diario cada una de esas penalidades, sin saber qué les depararía el día siguiente. Recoge Páez en su *Autobiografía* el testimonio de un testigo presencial sobre la marcha de los ejércitos llaneros acompañados de todas aquellas personas que se les iban incorporando en busca de protección:

Aquel grupo de hombres, mujeres y niños, sin hogar ni patria, representaba a lo vivo la imagen de un pueblo nómada que después de haber consumido los recursos del país que ocupaba levanta sus tiendas para ocupar otro por la fuerza.

Páez los compara con los israelitas cuando huyeron del faraón, con una diferencia: en el caso de Venezuela no hubo nube de fuego que los guiara en su camino, ni estaba Moisés con el maravilloso poder de hacer llover maná del cielo para alimentarlos.

La escasez de recursos era asunto corriente. El propio Páez relata en uno de los pasajes de su *Autobiografía* el estado miserable en que se encontraba él mismo cuando en 1815 se presentó ante el comandante de las tropas patriotas localizadas en Pore, poblado de Casanare: “Yo estaba descalzo y maltratado de vestido, con unos calzones de bayeta verde, roídos hasta la mitad de la pierna, presentando de pies a cabeza el exterior de miseria, harto común en aquella época de combates y aventuras de guerra, aun entre los militares de más alta graduación”.

También Rafael María Baralt, en el *Resumen de la historia de Venezuela* da cuenta de las deplorables condiciones en que se dio la guerra en el llano. Dice Baralt:

“Es imposible imaginarse hasta qué punto llegaban las escaseces de los hombres que en aquel tiempo y en los otros hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados estaban tan desnudos que se veían en la necesidad de usar para cubrirse de los cueros frescos de las reses que mataban, pocos tenían sombreros, ninguno zapatos. El alimento ordinario era la

carne sin sal ni pan. A todo esto, las lluvias eran frequentísimas, y los ríos y caños crecidos inundaban el territorio”¹.

Alexander Alexander, un escocés de los que viajaron a Venezuela como parte de la legión británica en su *Autobiografía* hizo una descripción de la tienda de campaña de Páez, lo cual permite darnos una idea de la precariedad que caracterizaba la vida en el campamento. Dice Alexander: “Su gran tienda de campaña era muy provisoria: simples palos a ambos lados y otros a través para formar el techo y cubierta de hojas en los lados y en la parte superior. El mobiliario era solo una mesita, una silla y una banca, su hamaca y un cortaplumas”². Si esta era la tienda de campaña del jefe llanero, cabe imaginarse cómo era el resto del campamento.

Otro de los legionarios ingleses comenta en uno de sus relatos los estragos terribles de la disentería y las fiebres sobre las tropas, tanto locales como extranjeras.

Pero, no todo era pesadumbre, guerra, muerte, trastorno y enfermedades. Cuando las condiciones lo permitían, en las noches se tocaba música, se bailaba alrededor de la fogata que iluminaba el campamento, se bebía aguardiente y se preparaba carne en cuero. Esta modalidad se hacía de la siguiente manera: se abría la res en dos o en cuatro partes, sin quitarle la piel, quemándole luego los pelos con el fuego, lo cual ponía al cuero duro e impenetrable. Se cavaba un hoyo que se cubría con piedras lisas y chatas; en el pozo se ponía una cantidad suficiente de leña para calentarlo bien y después se limpiaba. La carne atravesada con palos se colocaba con el cuero para abajo tapándose la boca del pozo con una piedra grande. El cuero formaba así una especie de recipiente que permitía conservar el jugo de la carne. Cuando estaba lista se servía sobre los trozos de cuero y se acompañaba con aguardiente.

Durante la fiesta, Páez solía bailar desde la primera hasta la última contradanza. Seguramente, en estas ocasiones, Dominga compartía algunas piezas de baile con su marido para terminar la velada, juntos, en la tienda de campaña, hasta el amanecer.

Así transcurrieron los años de Dominga en el llano, de Pore a Guasualito, de Guasdalito al Arauca, del Arauca a Mantecal, de Mantecal al Yagual, para regresar de nuevo a Guasualito, a Pore, al Arauca, junto a Páez y a cargo de sus tres muchachos.

Fragmento tomado del capítulo “Cuando el marido se llama José Antonio Páez”, del libro de Inés Quintero. *La palabra ignorada. La mujer testigo oculto de la historia en Venezuela*, Caracas, Ariel, 2016, pp. 110-114.

¹ Rafael María Baralt. *Resumen de la historia de Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1983, 3 vols.

² Éste y otros testimonios de los legionarios ingleses que vinieron a Venezuela durante la Independencia los hemos tomado del libro de Edgardo Mondolfi. *Páez visto por los ingleses*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2005.